

LA FILOSOFÍA COMO DIÁLOGO

Damián Canali

A la hora de intentar este ensayo (lo que da a este trabajo un carácter doblemente conjetural) no puedo dejar de pensar que cualquier análisis o proyecto que pueda plantearse desde aquí tendrá irremediablemente una cara un tanto idealista e ingenua. Sin embargo, el planteo puede ser útil porque no se trata de enfrentar la experiencia en una suerte de ejercicio de corroboración que busque descubrir falsedades, sino como una perspectiva para acceder a la experiencia misma y movernos dentro de ella.

Quisiera comenzar esta reflexión desde una experiencia personal. Se trata de una situación en la que me he encontrado a partir de mi condición de estudiante de filosofía. No es para nada una situación académica o teórica, sino que se da en ámbito de mis relaciones con personas ajenas al campo filosófico con las cuales converso y discuto sobre los temas más diversos. La sensación que me queda al final de estos encuentros es la de que tanto mi interlocutor como yo hemos sido parte y hemos contribuido a construir algo que nos supera en el sentido de ir más allá de las posiciones originales que ambos teníamos al comenzar el diálogo. Durante la conversación hemos reconocido posiciones diferentes y hemos decidido tomar de allí algo que completa nuestra posición o incluso la modifica al funcionar la mirada del otro como un espejo sobre la nuestra. Lo cierto es que el sentido resultante es algo que se comparte, porque es algo que se construye y no simplemente se transmite.

Sin embargo, parece obvia y necesaria la pregunta acerca de la relación de toda esta situación para con la filosofía. ¿No es acaso este un principio y una característica de toda conversación así hablemos de filosofía, de economía, de espectáculos, de deportes o de lo que fuere? La pregunta parece plantear un dilema: Si decimos que sí, que se trata de una característica propia de toda conversación, parece que se nos escapa y se nos diluye la posibilidad de dar a la filosofía una caracterización determinada; si decimos que no, que esa manera de pensar toda conversación o diálogo es consecuencia de nuestro comercio con la filosofía, tal vez cometamos el error de presentarnos con una falsa seguridad acerca de lo que puede llegar a ser la filosofía.

En lugar de optar definitivamente por una de las dos alternativas del dilema, creo más honesto pensar esta caracterización del diálogo como una “hipótesis” sobre la

filosofía que nos permita considerar la posibilidad de su enseñanza. La filosofía es, entonces, una *construcción de sentido*. Pensarlo de esta manera tal vez nos permita salvar la discusión que oscila en pensar a la filosofía o bien como un cúmulo de conceptos (sustancia, noúmeno, idea, cogito, etc, etc, etc...) y su enseñanza como una mera transmisión; o bien como un conjunto de habilidades (pensamiento crítico, análisis, interrogación fundamental, etc, etc, etc,...) que deben reconocerse y ejercitarse a través de la enseñanza. Acaso la posición dialógica permita pensar a la filosofía no como un hábeas o como una habilidad sino como una actitud, una disposición que permita un acercamiento entre concepto y habilidad. Si partimos del supuesto que la intención de construir sentido implique querer aprender algo nuevo que puede ser aportado por el otro, o algo nuevo dentro de nosotros mismos a partir de la palabra ajena, el bagaje conceptual de la filosofía puede ser considerado como otras tantas miradas o perspectivas capaces de echar luz sobre la discusión. A su vez, reconocer la pertinencia o no de una perspectiva supone tanto su conocimiento como el de la situación a la que esta se aplica, así como un pensamiento crítico y analítico que los relaciona.

En todo lo dicho hasta aquí subyace una concepción del filósofo, del docente y del alumno que considero conveniente explicitar. No se trata, por cierto, de pensar al primero como una suerte de genio intelectual, poseedor de una intuición única para producir ideas originales; al segundo como un mero intermediario, transmisor de ideas ajenas cuya única originalidad consiste en la aplicación de ciertas técnicas que facilitan su trabajo; y al último como un mero recipiente de estas ideas. Es verdad, esta pintura tal vez pueda parecer exagerada, pero a juzgar por ciertos testimonios filosóficos no parece demasiado alejada de una posible realidad. Esta perspectiva adolece, a mi entender de varios defectos. En primer lugar establece entre sus miembros una jerarquía descendente, como si hubiera diferentes tipos de pensamiento: uno creativo, otro identificador y repetitivo, y otro meramente receptivo. Diferentes escalas que habría que atravesar para llegar, si se es suficientemente capaz, al verdadero pensamiento filosófico. Así, reduce la creación intelectual a la originalidad conceptual para la que es necesaria toda una enciclopedia previa sin dejar nunca claro los límites o los criterios que determinan su contenido. Lo cierto es que desde la perspectiva del alumno puede llegar a parecer infinita y generar inhibición y la permanencia en una actitud memorística y reproductiva. Por último, esta mirada es en un punto extremadamente ingenua al suponer que el docente es capaz de una transmisión inmaculada, como si cada interpretación fuera pura y no implicara ningún recorte, por otra parte inevitable.

Frente a esto, considerar a la filosofía como creación de sentido, implica mirar al filósofo, al docente y al alumno con una mirada que tiende a acercarlos. Si bien no los identifica porque los saberes propios los distinguen, esta diferencia estaría dada por el lugar desde donde se habla pero no implicaría jerarquía alguna. En este sentido me parecen claras las palabras de Gramsci:

“Hay que destruir el prejuicio muy difundido de que la filosofía es algo muy difícil por el hecho de ser la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales o sistemáticos. Por lo tanto hay que demostrar previamente que *todos los hombres son filósofos*. (...)”

Habiendo demostrado que todos son filósofos, porque incluso en la mínima manifestación de cualquier actividad intelectual, el lenguaje, se halla contenida una determinada concepción del mundo, se pasa al segundo momento, al momento de la crítica y de la conciencia, o sea, a la cuestión: ¿es preferible “pensar sin tener conciencia crítica, en forma disgregada y ocasional, o sea, “participar” de una concepción del mundo “impuesta” mecánicamente por el ambiente externo, (...) o es preferible elaborar la propia concepción del mundo conciente y críticamente en conexión con el esfuerzo del propio cerebro (...), ser guía de sí mismo y no ya aceptar pasivamente y supinamente desde el exterior el sello de la propia personalidad?”.¹

Por un lado, el mero hecho de poseer un lenguaje pone a los hombres en una situación de igualdad, en tanto que participan de una visión del mundo que, por supuesto, no tiene que ser necesariamente la misma para todos. Por esta misma razón, de hecho “no existe una filosofía en general: existen diferentes filosofías o concepciones del mundo y siempre se hace una elección entre ellas”² Frente a este hecho de estar inmerso en una cosmovisión determinada se trata de explicitarla para volverla conciente y poder entonces elegirla o rechazarla. Estas diferentes visiones del mundo pueden pensarse como distintos saberes desde los cuales hablar y su confluencia en una situación de diálogo puede tornarlas explícitas y determinar una elección (entendiendo por “elección” la adopción, el rechazo o la modificación de una cosmovisión). Así, la filosofía en tanto que actitud hacia el diálogo hace las veces de metalenguaje en tanto que permite examinar permanentemente los códigos, los supuestos y los pre-judicios desde los cuales se habla.

Por último, parece necesario un repaso a las posibles objeciones que esta posición puede suscitar.

En primer lugar, esta postura parece conducir irremediabilmente a un relativismo en el que cualquier cosmovisión, esquema conceptual, paradigma, o como quiera decirse estaría en pie de igualdad con cualquier otro y por ello no se podría establecer ninguno como verdadero frente a la falsedad de los restantes, precisamente porque todos podrían ser de alguna manera verdaderos y entonces la diferenciación sería absolutamente subjetiva.

Para salvar esta objeción habría que pensar cada perspectiva no como totalmente cerrada y opuesta monóticamente a las restantes, sino que, al ser el momento de la elección la contracara del reconocimiento, la cosmovisión aparece como una construcción nunca cerrada y siempre completable en el contacto con las restantes.

También puede pensarse que la actitud que tiende al diálogo no es más que una obviedad, que su uso no tiene por qué ser exclusivo de la filosofía y que todo intento de teorizar sobre ella es redundante. Sin embargo, creo que esta objeción esconde una suerte de falacia que se basa en plantear la identidad entre la obviedad, la redundancia y la inutilidad. Lo obvio es redundante y lo redundante es inútil. Por el contrario, considero que lo “obvio” puede ser esclarecedor cuando permite reconocer situaciones que por automatizadas e internalizadas pasan desapercibidas y que a partir de ese reconocimiento pueden funcionar como modelos o marcos para pensar situaciones nuevas.

He tratado de pensar la filosofía, y dentro de ella su enseñanza, como un diálogo donde los participantes son considerados filósofos en tanto que poseedores de una concepción del mundo y juegan su posición o cosmovisión dentro de ese diálogo. Pensando las palabras de Lyotard en *La posmodernidad explicada a los niños* no creo que la relación entre docentes y alumnos tenga un carácter agonístico donde los valores de los unos sean sometidos por los de los otros. Sí concuerdo con él en que la escuela no puede pensarse como al ámbito exclusivo de adquisición de saber y por eso considero el diálogo como un espacio donde recuperar e incorporar esos otros saberes. En última instancia se trata de tolerar las diferencias para enriquecernos a partir de ellas. Por cierto que un relativismo siempre latente vuelve constante la pregunta acerca de cuando y donde la tolerancia se vuelve indiferencia.

Notas

¹ Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones Era, 1986, pp 245-246

² Gramsci, Antonio, op .cit, pp 248